

MIGUEL FORTEA

LA CIUDAD  
del  
TRUENO

A black and white photograph of a man in a dark coat and hat, seen from the back, looking out over a city street. The street is filled with vintage cars from the 1940s or 50s. In the background, there are large, ornate buildings, including one with a prominent dome and a statue on top. The overall scene is hazy and atmospheric.

DEBOLSILLO

## Annotation

En los primeros días de la Guerra Civil, una joven de la alta sociedad madrileña desaparece en extrañas circunstancias.

Madrid está sitiada por las tropas nacionales, y no hay ni rastro de Sonia Araujo, la hija de un potentado de turbios negocios. Las primeras sospechas recaen sobre el novio anarquista de Sonia, pero el agente de policía Dalmau sigue una pista distinta. Esta lo conducirá a ese otro Madrid donde conviven corresponsales extranjeros, anarquistas, comunistas, agentes facciosos encubiertos, millonarios y espías, y donde, al parecer, no sucede nada sin el beneplácito de un enigmático personaje, el «Elefante Blanco».

---

**MIGUEL FORTEA**

*La ciudad del trueno*

*Random House Mondadori*

## Sinopsis

En los primeros días de la Guerra Civil, una joven de la alta sociedad madrileña desaparece en extrañas circunstancias.

Madrid está sitiada por las tropas nacionales, y no hay ni rastro de Sonia Araujo, la hija de un potentado de turbios negocios. Las primeras sospechas recaen sobre el novio anarquista de Sonia, pero el agente de policía Dalmau sigue una pista distinta. Esta lo conducirá a ese otro Madrid donde conviven corresponsales extranjeros, anarquistas, comunistas, agentes facciosos encubiertos, millonarios y espías, y donde, al parecer, no sucede nada sin el beneplácito de un enigmático personaje, el «Elefante Blanco».

©2010, Fortea, Miguel

©2010, Random House Mondadori

ISBN: 9788499088303

Generado con: QualityEbook v0.86

Generado por: Silicon, 16/11/2018

# Miguel Fortea

# La ciudad del trueno

© 2010, Miguel Fortea

© 2010, Random House Mondadori, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-9908-830-3

Depósito legal: B-12187-2011

*A Daniel y Natalia,  
para que no conozcan la ciudad del trueno*

El patriotismo es el último refugio de un sinvergüenza.  
Samuel Johnson

## 1

## El Chino

DALMAU golpeó la puerta por segunda vez. Antes de hacerlo ya había escuchado la respiración contenida de quien no respondía. Alguien que sin duda oyó sus pisadas subiéndolo por una escalera demasiado vieja. Allí dentro un hombre, al menos, aguantaba la respiración y dejaba que las gotas de sudor se acumulasen en su frente sin limpiarlas. Sabía quién era ese hombre: el Chino. Le buscaban por el asalto a una huerta en Tetuán; había obtenido un buen botín: joyas y dos elegantes y alargados Hispano-Suiza modelo del 36, raras pertenencias para unos labriegos. Únicamente ignoraba si aquel hombre estaba solo. El Chino era un viejo conocido, un malhechor con suerte que había sobrevivido en tres ocasiones al presidio, demasiadas para un hombre normal, demasiadas para un rufián sin amigos. Dalmau le había detenido ya dos veces. La primera lo envió a la Modelo acusado de la muerte de un policía, un compañero, Julito Ordóñez. Un crimen más que suficiente para que le hubiesen ajustado el garrote alrededor del cuello. Sin embargo, lo soltaron en una amnistía decretada por el Frente Popular. El Chino era un delincuente revolucionario, porque degollar o violar marquesas siempre era mejor que atacar a gente decente, y un policía más o menos no iba a cambiar su buena fama. Julito Ordóñez no tuvo suerte cuando se encontró con él. El Chino siempre iba armado y antes de dejarse prender le disparó. Un único disparo que le atravesó el pulmón. En principio no parecía de cuidado; al día siguiente Julito todavía bromeaba en el hospital: «Me voy un mes de baja al pueblo y os dejo con las cucarachas del sótano de la comisaría a pasar el verano, mira que ten-

go suerte». Pero la herida se infectó: una sepsis generalizada, una puta mierda de hospital de doctores borrachos y enfermeras folloneras que le dejaron morir. A él le dieron una medalla de oro póstuma al valor y a su esposa Aurora una pensión de hojalata. Una pensión de orfandad para sus cuatro hijos que apenas si alcanzaba para uno. A Aurora también le facilitaron un trabajo de media jornada ayudando en el archivo de la Dirección General, una miseria que siempre es más que nada; y juntando las dos miserias ella y sus hijos fueron saliendo adelante.

Dalmau golpeó la puerta por tercera vez. En la segunda ocasión en que detuvo al Chino consiguió golpearle con su pistola antes de que éste lograra incorporarse de la cama. Aquella vez había tenido más fortuna, encontró la puerta abierta. Tras el golpe, al tenerle grogui sobre el catre, pensó en matarle. «El sospechoso sacó el arma y tuve que hacer uso de mi pistola reglamentaria para salvaguardar mi vida.» Lo difícil sería justificar el golpe en la cabeza. «Lo golpeé, pero aun así me apuntó.» «Le disparé y después lo golpeé antes de cerciorarme, sin riesgo, de que ya no ofrecía resistencia.» Argumentos patéticos, aunque en la comisaría bien podían carcajearse, dejarlo pasar e invitarle a un vermut. Pero el Chino era diferente, tema que conocer a alguien de arriba para haber vivido tanto tiempo. ¡Con la cantidad de gente que muere sin comerlo ni beberlo! Dalmau estuvo diez minutos deshojando la margarita: lo mato, no lo mato, lo mato, no lo mato... Después lo esposó y solicitó un coche a la Central: había prendido al Chino, el cabrón que mató a Julito. No había tenido miedo a dar explicaciones, pero no pudo disparar a un hombre inconsciente. Aunque de hombre no tuviese más que la forma y sus entrañas fueran de alimaña.

Volver a golpear la puerta ya no tenía sentido, el Chino estaría al acecho con una pistola al otro lado. Ningún ruido había delatado que tuviese compañía, estaba esperando que se abriese la puerta para disparar sobre la silueta recor-

tada que surgiera en el umbral; como en las ferias, pero sin puntos de mira desviados en los cañones. Dalmau se apartó de la puerta, de una patada hizo saltar el endeble picaporte, la puerta crujió y la hoja cayó hacia adentro. Dalmau asomó su ojo derecho. En el interior había un silencio oscuro, pero él podía oler el miedo, y no era únicamente el suyo: en la penumbra alguien sudaba sin emitir ni un sonido. En cuanto franquease el umbral ofrecería un blanco perfecto. Era posible que el Chino no fuera armado, que hubiese olvidado su arma en casa de alguna puta e incluso que no pensara en disparar. Ahora sólo le buscaban por un robo. Ibas a la cárcel y te dejaban el marcador de la vida a cero, a empezar de nuevo: eres inocente como un niño, ya has pagado y se nos olvidó que mataste a Julito. Existían burócratas a los que se les llenaba la boca con las palabras «regeneración» o «clemencia» en los salones de la política o en los saraos más liberales. Sin embargo, la realidad era otra: muchos rateros morían en la cárcel o quedaban definitivamente marcados aun cuando su primer delito fuese tan modesto como robar una hogaza de pan. A menudo el sistema llegaba a funcionar con excesivo celo y trituraba a inocentes, pero con el Chino era todo lo contrario, siempre le dejaban el marcador a cero y la sonrisa nueva. Su fama de soplón y sus amistades en la trena con activistas revolucionarios le mantenían al margen de las desgracias del delincuente común. Sólo se había equivocado una vez, con Julito, creyendo que también ese crimen quedaría impune. Hasta entonces aquel asesino había sido un tipo con suerte que podía volver a nacer tres o cuatro veces para bailar sobre las tumbas de sus víctimas.

En el patio de luces Dalmau vio una colada de ropa blanca tendida. Retrocedió con sigilo y se hizo con unas cuantas sábanas, que lió en un hatillo e introdujo en una funda de almohada. Desde el umbral dio un golpe seco en el suelo y lanzó el hatillo hacia su derecha; tres fogonazos buscaron un cuerpo entre las ropas. Él disparó hacia la pis-

tola desenmascarada y entró en la habitación arrojándose en la dirección opuesta al hatillo. Cuando éste cayó al suelo, él ya estaba parapetado dentro. Los dos hombres se tomaron un respiro. Las tablas mal ajustadas de las persianas bajadas filtraban la luz suficiente para que fuesen apareciendo los contornos de un sofá, dos sillones y una mesa. El Chino debía de estar tras el sofá. No podía moverse sin que le oyese y tenía dos balas menos que él.

—Chino, tira la pistola y saldrás de aquí con vida.

—Tírala tú, polizonte, y ahórrate la agonía. Si te rindes, te meteré un tiro limpio en la sien y no sentirás nada.

El Chino era un fanfarrón y un camorrista. Compensaba el escaso tamaño de su cuerpo escuálido con una crueldad mayúscula. Era el zorro que, acorralado, enseña los dientes desafiantes cuando sólo le espera el tiro de gracia. Dalmau, al oír su voz, se había cerciorado de que el Chino estaba tras el sofá y podría jurar que estaba casi tumbado —pues su voz retumbaba—, con el rostro erguido y el arma apoyada en el suelo. Dalmau tenía una ventaja: únicamente había disparado una vez, pero su posición no era buena: aplastado contra el ángulo que hacía el armario con la pared, tenía descubierta la mitad del cuerpo, aunque el Chino, agazapado, no lo podía ver.

Tomar la iniciativa era ganar media pelea. Siempre había sido así, desde que en la playa de Ifach los otros chicos querían echarles a él y a su cuadrilla de sus territorios por la ancestral costumbre de creer que las tierras necesitan dueños. Cuando los otros se acercaban era el momento de iniciar la pelea tirando un puñado de arena a los ojos del cabecilla de la pandilla contraria, antes de que éste acabase de recitar todos los insultos conocidos.

—Chino, contaré hasta diez; si no te rindes, dispararé.

Acto seguido, Dalmau se incorporó y disparó a la parte baja del sofá en tres puntos diferentes. Oyó un grito. Anticipándose a su promesa, Dalmau esperaba que el Chino estuviera mínimamente desprevenido, pensando en qué haría

al cabo de diez segundos. Había apostado tres balas al azar y el quejido, sordo y prolongado, parecía darle la razón. No debía precipitarse, el Chino podría estar simulando.

—Cabrón, te mataré, me has roto el culo.

El Chino era un conversador infatigable, en su voz el dolor no era impostado y le oía arrastrarse sobre el piso. De entre los sonidos que siguieron al grito la mente de Dalmau había aislado un golpe metálico. El Chino había soltado su arma y ahora intentaba recuperarla mientras le distraía con sus bravatas. El policía tenía que arriesgarse de nuevo, fiarse de su instinto. Corrió hasta el sofá y vio a la lombriz estirando su mano debajo de una silla. Le pisó con el tacón el dorso de la mano y crujieron las falanges; después le propinó un puntapié en la cara. Con el pie aún dolorido sacó la pistola de debajo de la silla. El Chino sangraba por la nariz y retrocedía dejando un rastro de sangre cagada.

—Cabrón, te mataré algún día como maté a Julito. Yo tengo amigos, así que soy inocente. Te equivocaste al meterte conmigo, polizonte, tenías cien rateros por ahí para entretenerte, pero eres un tío terco.

Dalmau reflexionó —no le llevó más de dos segundos—, empujó con el pie la pistola del Chino dejándola a su alcance y sonrió. El Chino le devolvió la sonrisa. No intentarlo iba contra su naturaleza. Dalmau se ladeó ligeramente, el Chino calculó sus opciones y se abalanzó sobre su oportunidad. Llegó a empuñar el arma. Dalmau descargó sus dos últimos disparos y el Chino cayó de espaldas. No era nada personal, pero sabía que si terna que vérselas dos o tres veces más con el Chino en alguna ocasión acabaría perdiendo, el muerto sería él, y no quería morir tan joven. Aunque su vida no fuese gran cosa no tema nada mejor.

Comprobó el pulso del Chino; su corazón aún latía, sus ojos no se habían cerrado, susurraba frases inconexas, intentaba decirle algo: «Cabrón... te joderé... en la comisaría todos saben que eres un imbécil fracasado... tus compañe-

ros y tu jefe te toman a guasa... hasta el encargado del archivo sabe mejor que tú de qué va todo esto, acabaré contigo, polizonte retrasado... conozco gente importante... con dinero... con poder... estarás de agente de tráfico en el turno de noche en cuanto yo lo diga y te atropellará un señorito borracho... guardia de mierda...». Entre dos insultos se le acabó el fuelle para sus bravuconerías. Se iba muriendo entre amenazas. También aquello era parte de su naturaleza, como atracar en solitario un banco protegido por seis guardias o intentar coger una pistola que no llegaría a disparar. Dalmau ofreció tabaco al Chino sin tener en cuenta que éste había sido siempre un hombre de costumbres sanas y no las iba a cambiar en su último suspiro. Él mismo encendió el cigarro por no volver a introducirlo en el paquete e hizo volutas de humo en las que pudiese verse el contorno de un alma huyendo. Nada ascendió en la habitación. Probó a atrapar el alma entre sus perfectos y densos aros de niebla y tampoco dio resultado.

El Chino se tomaba su tiempo en morir. De cuando en cuando sus quejidos avisaban a Dalmau de que estaba cruzando el angosto túnel que le llevaría a otro lugar. Y, siendo otro lugar, forzosamente tenía que ser mejor, así que no entendía la reticencia del herido en partir. Las cucarachas pueden vivir nueve días sin cabeza hasta que mueren de hambre, no les hace falta pensar. Al Chino le sucedía lo mismo. Sin embargo, Dalmau confiaba en la debilidad del ser humano y no quería perder más tiempo, no cobraba horas extras. El Chino roncó hacia adentro. El odio y el desprecio de su mirada se fueron quedando fijos, a su pecho ensangrentado dejó de fluir sangre y su pulso se ausentó. Cuando Dalmau hubo comprobado que ya estaba solo en la habitación descolgó el teléfono y llamó a la comisaría.

—He cogido al Chino, creo que está muerto.

Miró al Chino por última vez y pensó que su mote no era adecuado. En realidad tenía aspecto de reptil, con los ojos más abombados que achinados, con la piel cetrina y el

rostro verde y húmedo. Sus ojos acuosos miraban almas allá cielos reptiles, al cielo de las ranas o más bien al infierno de los sapos.

Hacia allá partía con dos saltos de batracio.

En la comisaría de la calle de la Luna le desgastaron la espalda a base de palmeársela. «Cojonudo, Dalmau.» «Un buen final para ese hijo de perra.» «Bien hecho, Dalmau.» «Mataste al cabrón que se cargó a Julito, enhorabuena.» Los piropos siguieron hasta que le requirió su jefe, el inspector Carmona, para que redactara el informe rutinario y pasase a su despacho. Carmona era un hombre grande, un gordo poderoso de tez blanca que contrastaba con un pelo ralo y oscuro. En la frente le crecían dos mechones que no iban a ninguna parte y que cuando se irritaba le servían de cresta de gallo amenazante. Separando su papada mal afeitada y su nariz chata lucía un bigote grueso donde aparecían sus únicas canas. Entre sus labios, bailaba un Farias inquieto que parecía dejar hueco, con sus movimientos, a las palabras escupidas y no siempre inteligibles.

—Enhorabuena, Dalmau, es usted el héroe del día, pero hay que tener cuidado incluso con las ratas como el Chino.

¿Todo está en orden? ¿Encontró algo especial?

—Todo como dije en el informe, ningún cabo suelto. ¿Qué tema que encontrar?

—Nada, nada... el Chino tenía asuntos con todo dios y el clima está muy revuelto. No quiero que nadie me venga con algún cuento que no conozca.

—Sin problemas, jefe, se resistió, lo maté y se murió.

—No me refería a eso, Dalmau. Tengo absoluta confianza en usted, no se encuentran policías honrados todos los días. Me consta que el Chino se traía entre manos negocios con mucha gente, cualquier detalle que conozca, cualquier cosa que dijera, cualquier nombre que mencionara, cualquier asunto sobre el que hablase, cualquier confe-

sión que hiciese antes de morir... puede servirnos, aunque no parezca importante.

—Nada que yo recuerde, más allá de unos cuantos insultos de perdedor moribundo que desconoce la deportividad.

—Bien, si cayese en la cuenta de algo más o recuerda algún dato, hágamelo saber. Hay otro asunto, no hace falta que hoy se ponga con él, pero mañana se ha de hacer cargo. —Carmona esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Lo siento, pero no tengo muchos hombres de confianza, el premio de ser eficaz es el doble de trabajo. Se trata de una persona desaparecida, Sonia Araujo, la hija del industrial Emilio Araujo, el que fue director de la Unión Resinera y ahora tiene un almacén industrial en Madrid y una fábrica en Barcelona, y mil cosas más por medio mundo según creo; gente de dinero, habrá oído hablar de él. Se hizo rico durante la Gran Guerra vendiendo pertrechos al ejército francés; también equipó a nuestros soldaditos en tiempos de Primo de Rivera y a pesar de todo sigue teniendo amigos y buenas influencias en el gobierno de la República. Un superviviente, un encantador de serpientes, un golfo capitalista, un explotador. Su hija ha desaparecido y nosotros trataremos el caso como si fuera un honrado padre de familia. Lo normal es que pidan un rescate y lo normal es que pague, pues tiene parné para enterrarnos a todos, pero ha llamado a alguien del ministerio y nos ha metido en el ajo. Esperemos que él se empobrezca un poco y que nadie salga herido. Vaya mañana a su casa a tranquilizarle. Es una quinta apartada, más allá de la colonia del Viso, Villa Conchita se llama. Usted es bien plantado, a los ricos les gusta que incluso los policías no desentonen en el salón.

—Gracias por la confianza, jefe, no hay nada como servir de adorno y de perchero al mismo tiempo.

—Menos coñas, si le ofrecen algo pida whisky de malta; es bueno y quedará como un entendido. Y luego me cuenta cómo sabe.

Dalmau se tomó el resto del día libre, hoy ya había matado a un hombre. Paseó con dirección imprecisa dejando que sus pies guiasen a su mente. En la calle de la Ballesta se quedó mirando a una prostituta y ella le dijo el precio, le pareció caro y continuó su camino.

«¡Han asesinado a Calvo Sotelo! ¡Han matado a Calvo Sotelo!» El muchacho de los periódicos voceó su noticia hasta despertar a Dalmau. El policía vivía en una habitación abuhardillada con derecho a baño de la calle Recodos. Se había cansado de peregrinar de pensión en pensión y de aguantar a sus patronas: demasiado fisgonas y con tendencia al celestinaje: «Señor Dalmau, va usted para mozo viejo, no espere a que se le pase el arroz, mis dos niñas están en edad de merecer y no encontrará mejor partido»; o bien excesivamente maternales; «Señor Dalmau, no beba tanto, no puede ser bueno». También estaban las que abrían su corazón al huésped. Eran muchas horas de intimidad para no ver una faja tras una puerta entornada o un trasero mal cubierto por una toalla. El roce hace el cariño y el cariño está lleno de peligros. Si la casera tema marido uno podía acabar apaleado. Si no lo terna no se podía esperar ninguna rebaja en la cuenta por tanta energía invertida, pues las patronas solían ser mujeres de armas tomar: enteras, recias, no necesariamente agraciadas y sí muy exigentes. Así que las viudas y las célibes se las tenían tiesas con los hombres de paso, tanto en el amor como en la pelea. Dalmau ya estuvo liado con una patrona que le aventajaba en edad pero que aún tenía un rostro vistoso y el cuerpo jugoso y terso. Se llamaba Rosa, se arreglaba mucho y le gustaba salir con él del brazo a pasear por Las Vistillas, presumiendo de maromo sin dejarse achantar por su condición de viuda. Él tampoco tenía motivo de queja. Ella no era mala aunque tampoco buena, y sólo necesitaba a un hombre para lo poco que éste sirve, ya que para llevar su casa y su hacienda ella se sobraba sola. Hubiese el lance acabado en boda —